

## ***“¡Oíd, alemanes!” Un homenaje\****

Presidente

Señoras y señores académicos:

Al despedirse Luis Díez del Corral como director de esta corporación y darle el relevo a Enrique Fuentes Quintana, se refirió a nuestras sesiones ordinarias como las propias de una “tertulia ilustrada”. Me acojo hoy a esa caracterización para hablar de un libro editado recientemente y que no merece pasar desapercibido. Ojalá que con mi exposición les descubra a algunos de uds. una obra de escasa circulación, pero por más de un motivo muy apreciable.

\* \* \*

Se trata —lo anticipo en el título de mi ponencia— de *¡Oíd, alemanes!*, el volumen que contiene los textos de las 59 alocuciones radiofónicas dirigidas por Thomas Mann al pueblo alemán entre octubre de 1940 y noviembre de 1945, con cadencia mensual, todas iniciadas con el mismo reclamo: ¡Oíd, alemanes! Dichas alocuciones fueron grabadas en Los Ángeles por razón del

---

\* Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sesión del 7 de octubre de 2025.

lugar —Pacific Palisades, una pedanía de Santa Mónica— donde Mann, desde 1940, fijó su residencia en el exilio americano tras su paso por Princeton, y que no abandonaría hasta su vuelta a Europa en junio de 1952 para instalarse en Suiza, en los alrededores de Zurich (a Alemania, recordémoslo en paréntesis, no volverá, y solo como visitante, hasta julio de 1949, dieciséis años después de su salida en febrero de 1933, doce días después de ser nombrado Hitler canciller). Grabadas en Los Ángeles —repito—,

fueron retransmitidas desde Londres por onda larga, con la intención de que pudieran ser oídas desde el interior de Alemania “gracias al tipo de receptor que únicamente se le permite tener al pueblo alemán”, según detallará el propio Mann al prologar en septiembre de 1942 la publicación que reunía los 25 primeros de esos discursos radiados; prólogo que el autor aprovecha para hacer constar de donde había partido la iniciativa: “en el otoño de 1940” —nos dice él mismo— “la BBC me expresó el deseo de que dirigiera a mis compatriotas, desde su emisora, unas breves charlas en las que comentase los sucesos de la guerra y tratara de influir en el público alemán de acuerdo con las convicciones que profeso..”. Una tentadora incitación que el autor de *Los Buddenbrook*, *La montaña mágica*, *José y sus hermanos* o *Doctor Faustus* —por solo citar las obras que, en mi opinión, marcan más pronunciadamente un asombroso recorrido creativo— convertirá en una colección de piezas cortas —entre 800 y 900 palabras cada

una—, donde la muy elaborada prosa habitual de Thomas Mann cede el paso a la muy tajante calificación de los hechos anotados y de sus protagonistas.

El resultado es una obra de un extraordinario interés. Publicada en su original alemán al terminar 1945 en Estocolmo (*Deutsche Hörer!*, Bermann-Fischer Verlag), la primera edición en castellano es de 2004 (Península), con traducción ahora revisada en la entrega editorial (Nota al Margen) que ha aprovechado el 150<sup>a</sup> aniversario del nacimiento del autor (1875) para hacerla llegar de nuevo, esmeradamente cuidada, a las librerías españolas. Me gustaría saber transmitir la impresión que me ha producido su lectura. Ante todo —vuelvo a decirlo— por la contundencia del enjuiciamiento que se hace del régimen nazi y de sus máximos dirigentes. El lenguaje empleado, claro y de tono coloquial, aporta un plus de rotundidad. Una y otra vez. Cada alocución contiene una condena radical y punzante de “ese excremento del diablo llamado nacionalsocialismo”, y una vehemente exhortación al pueblo alemán para que se deshaga de él, como el propio autor recapitulará en el último de esos discursos radiados. No son juicios de valor formulados *a posteriori* y con la ventaja de disponer de una perspectiva de conjunto; se pronuncian —diríamos hoy— en tiempo real, sin mediación distanciadora temporal alguna. Constituyen, también por eso, un inmejorable testimonio de una época atroz.

No me privaré de entresacar algunas de las expresiones que utiliza Thomas Mann. Asombra, desde luego, que sean producto de una pluma que siempre se ha distinguido —y seguirá siéndolo hasta el final— por el afán perfeccionista de cada pasaje, con predilección por las formas elusivas y envolventes. Veamos, comenzando por la cabeza: Hitler, “fanático poseído por perversos y oscuros instintos”, es un “oscuro granuja elevado a héroe mitológico”, un “loco malvado y furioso”, un “sangriento farsante”, un “perro de presa encadenado”, “la más impía de las criaturas”, “un infame rufián”, un “alma menguada y ensagrentada”, cuyos discursos están repletos de “rugidos”, “espumarajos” y “gritos”. Y al Führer le acompaña, en su círculo más cercano, ¡“un puñado de estúpidos criminales”, “malvados en el más extremo y profundo sentido del término”, “bárbaros sanguinarios”, “panda de bellacos”, “inmundos camorristas”, “grupo de canallas”, “asesinos deformes y moralmente incapaces de distinguir el bien del mal!”. ¿Y cómo calificar al régimen que ellos encarnan? Tampoco aquí Thomas Mann se anda con rodeos: un “monstruoso sistema de robos, crímenes y falsedades”, “régimen de rapiña y asesinato”, “la más infame de las tiranías”, que se afana en disfrazar de legalidad la brutalidad”; en suma, “la pura maldad del infierno”.

¿No es sorprendente este lenguaje en el autor que alambicaba tanto el decir de Settembrini y Naphta por los senderos de la

montaña? ¿O los elaboradísimos soliloquios de Adrián Leverkühn en *Doctor Faustus*, buscando obsesivamente un nuevo sistema de composición musical? Piénsese que estos mensajes que Thomas Mann dirige a sus compatriotas están redactados mientras escribe la mayor parte de esa obra —*Doctor Faustus*—, una vez terminado en enero de 1943 el cuarto volumen de *José y sus hermanos*, otra exhibición de sostenido virtuosismo estilístico.

Pero avancemos. El libro que comento es digno de atención especialmente por los apuntes que ofrece sobre algunos temas de gran relevancia. Agrupo ahora los que para mí son más sobresalientes en cuatro apartados que se corresponden con los estadios que Alemania habrá de recorrer durante los años comprendidos entre la primera y la última de las emisiones; cuatro apartados que señalan, en efecto, una senda cuyos hitos la historia marcará con mayúsculas: guerra, devastación, expiación, liberación.

## **Guerra**

La continuidad de los discursos radiofónicos desde octubre de 1940 permite un seguimiento de los principales episodios del conflicto bélico, particularmente en Europa, tanto en los frentes como en las retaguardias, y en plural, pues se atiende al doble

escenario abierto en el continente a partir del verano de 1941. Desde el Blitz aéreo sobre Londres y otras ciudades del Reino Unido, hasta la batalla de Las Árdenas; desde el comienzo de la campaña en el frente oriental (“espanto por los torrentes de sangre derramados en Rusia”, escribe Mann ya en octubre de 1941), hasta la resistencia “con una tenacidad absurda” y “fuera de toda lógica” que ofrecerá Alemania durante los últimos meses de la guerra; desde la derrota del ejército alemán a las puertas de Moscú, seis meses después de la invasión de territorio soviético, hasta el suicidio de Hitler, una semana antes de la rendición incondicional... Un seguimiento mensualmente puntual que repara también en los pasos de las potencias aliadas para coordinar el esfuerzo bélico y para buscar acuerdos cuando el final llegue: desde la Carta del Atlántico (14 de agosto de 1941) y la Declaración de las Naciones Unidas (el 1º de enero de 1942 en Washington), hasta las conferencias de Teherán (noviembre de 1943) y de Yalta (febrero de 1945). La cronología básica de la Segunda Guerra Mundial en Europa se puede reconstruir, desde luego, a través de las correspondientes alocuciones, que aportarían a sus destinatarios en el interior de Alemania una información que allí, sin duda, les era vedada.

Dos convicciones de Thomas Mann son repetidamente declaradas en los mensajes. Por una parte, que el régimen nazi desde su mismo arranque ha buscado y ha preparado intensamente la

guerra, “forjando” —son palabras textuales— “durante siete años de intensa labor la maquinaria bélica” ante la pasividad de los “pueblos libres”. El Reich, desde temprana hora —escribe y dirá a través de las ondas Mann— constituye un “Estado consagrado enteramente a la guerra y concentra todas sus capacidades en prepararse moral y físicamente para ella”, y “lo hace en un mundo que no está listo, que la repudia, que no cree en ella...”. De ahí la ventaja en la carrera del rearme que adquirirá Alemania durante los alargados años —cito textualmente— “de apaciguamiento, de titubeo, de hacer la vista gorda, de tratar de mantener contento a Hitler”. Por eso —concluye Mann— la guerra “no empezó en 1939, sino en 1933”. Lo que implica un doble corolario: que la guerra es propiamente la guerra *de* Hitler, y que —¡atención!— “habría podido evitarse” a tenor “de todo lo que se ha permitido en el pasado”, escribe Thomas Mann el 15 de septiembre de 1942, subrayando a continuación y consecuentemente la “pesada carga moral para nuestro bando que ello comporta”. He aquí —me parece— un ejercicio de autoinculpación aleccionador por lo que tiene de exigente conciencia personal (pero también —déjeseme añadir— por cómo nos interpela a todos nosotros en la Europa actual).

La otra convicción a que me refiero denota cuando menos anticipación. A partir de noviembre de 1940, Thomas Mann expresa el convencimiento de que Hitler no podrá ganar *su* guerra,

e insistirá en ello una y otra vez desde entonces, casi mes a mes, mucho antes por tanto de la derrota del Sexto Ejército en Stalingrado o de la de Rommel en El Alamein a finales de 1942, dos desenlaces simultáneos que harán girar el curso de la guerra, contribuyendo decisivamente al resultado final. Con visión anticipatoria Mann lo sostiene así incluso en los momentos “de mayor exaltación” hitleriana por las victorias logradas durante 1941 y gran parte del año siguiente.

## **Devastación**

Es la consecuencia inmediata de la guerra. Pronto, la contienda en Europa no deja ninguna duda acerca del enorme destrozo material y moral que provocará. La lejanía física no le impide a Thomas Mann advertir la ruina que sufre el continente del que ha debido alejarse. Advertir y sentir. Sus apreciaciones no son las de un observador distanciado anímicamente, sino las de quien se siente involucrado plenamente con la suerte de su país —él, “el más alemán de los alemanes”, como se autoproclama— y de una Europa que también siente suya: “un rincón del planeta realmente digno de admiración”, escribe en junio de 1943.

La crudeza de sus palabras es particularmente acusada al referirse a la política del Reich en los territorios ocupados en el Este, pues

en ellos el régimen nazi “pone en práctica la filosofía de la brutalidad”. “Todo lo que sucede en los territorios ocupados, en esos infernales Gobiernos Generales y protectorados” —dirá ya en septiembre de 1941— “tiene como objetivo deliberado la ruina biológica y moral, la castración espiritual —y, en muchos casos, no solo espiritual— de los pueblos”. Objetivo que en enero de 1945 podría darse por alcanzado: Europa es entonces “un continente pisoteado, torturado, envilecido, castrado y sometido al exterminio”, en la antesala de padecer el último acto de la tragedia. El mensaje emitido por Thomas Mann ese mes, el primero de 1945, tiene el tono de un acta notarial: “Europa yace en ruinas, y con ella, Alemania. Los estragos causados por el nacionalsocialismo, tanto físicos como morales, no tienen precedente. Lo que ha costado en sangre y bienes, su furia rapaz y asesina, su diabólica política de despoblación, es inconmensurable”. La terrible huella del *mal* en estado puro, “la esencia misma del mal” —anotación de diciembre de 1943—, cuya presencia inasible pero dominante será signo de toda una época (Hanna Arendt).

Un escenario de horror que tendrá en parte continuación, cuando termine la guerra, al desatarse “la venganza de las naciones martirizadas de Europa contra todo lo alemán”, como sabe prever Mann ya en septiembre de 1942. Y todavía con mucha más anticipación, en diciembre de 1940: “nadie puede imaginarse” —

dirá en el correspondiente mensaje —“lo que será de Alemania y el espectáculo que ofrecerá cuando concluyan sus atrocidades”. Un vaticinio cumplido, ciertamente, cuyo alcance abismal —la revancha al margen de la ley se cobró por lo pronto más de dos millones de víctimas entre los alemanes asentados en los territorios antes ocupados— sigue siendo hoy objeto de multiplicadas investigaciones. Un pasaje tenebroso más del *continente salvaje* —este es el acertado título de la obra de Keith Lowe— que siguió siendo Europa durante los años postreros de la II Guerra Mundial y los primeros de postguerra.

## **Expiación**

Obligada cuando llegue el final del “monstruoso sistema de robos, crímenes y falsedades del nacionalsocialismo”. Lo escribe y lo dice Thomas Mann también adelantándose en el tiempo. En las alocuciones emitidas a mediados de 1942 ya se pronuncia sobre el tema, empleando siempre un tono extraordinariamente afilado, casi desafiante. Citaré dos párrafos por la lucidez y el sentido anticipatorio que, una vez más, denotan. El primero corresponde a mayo de ese año, 1942, cuando aún no se atisba el término de la guerra: “Nada podría ser peor para los alemanes que mostrarse quejumbrosos ante la derrota después de haberse ejercitado en una crueldad sin precedentes en la historia (...). Será inevitable una

larga cuarentena de atenta vigilancia (...). Será responsabilidad del pueblo alemán depurar a fondo su cuerpo social, sin limitarse solo a eliminar el hedor nazi”. Dos meses después, en julio también de 1942, las expresiones utilizadas tienen el mismo corte. Cito *in extenso* lo que sigue a una caracterización sumaria del régimen nazi: “Hay que liquidar a sus caudillos, a sus inspiradores y cómplices, a sus servidores y beneficiarios, a sus generales y diplomáticos, y a las hienas de la Gestapo. Y hay que liquidar también a los que les allanaron el camino espiritualmente a él y a sus escuderos (...). Alemania será purificada de todo cuanto ha tenido que ver y que hizo posible la inmundicia del hitlerismo”. Sobra cualquier comentario.

Son solo dos muestras de los abundantes pasajes en los que Thomas Mann aborda la cuestión de la obligada expiación que espera a Alemania cuando las armas callen. Lo hace siempre — insistiré en ello— desde una desbordada indignación, desde una implacabilidad que no deja de sorprender en quien sin desmayo se esmeró a lo largo de toda su vida por las formas, un dechado permanente de elegancia y compostura. Y lo hace a una edad — con más de 65 años cumplidos— que tantas veces tiende a aconsejar moderación, templanza.

La culpa debe ser asumida y la expiación, necesaria. Conforme comienza a entreverse el final de la guerra, Mann lo vuela a

subrayar repetidamente ante sus radioyentes compatriotas. En mayo de 1944, un año antes del hundimiento definitivo, apela a “una Alemania que haya recuperado la razón, que reconozca y se arrepienta con sinceridad de las atrocidades cometidas contra la vida y los bienes de otros pueblos...”. Algo más tarde, en enero de 1945, cuando quedan al descubierto los campos de exterminio, exige “reconocer la irreparabilidad de lo que ha hecho Alemania, adiestrada en las artes de la bestialidad por unos maestros infames”. Añadiendo una coda que quiere corresponder con fuerza a la magnitud de lo que va descubriéndose en Majdanek, Auschwitz-Birkenau y tantos otros lugares en los que ha habitado la muerte: “¡Alemanes, tenéis la obligación de saberlo! (...). Lo primero que debemos sentir” —de nuevo en primera persona del plural, no se pase por alto—, “lo primero que debemos sentir y mostrar es estupefacción, vergüenza y arrepentimiento”.

## **Liberación**

La causa última por la que luchan los aliados. Anhelos de libertad frente a “la más infame de las tiranías que jamás haya amenazado al mundo”, dirá Mann ya en la segunda de sus alocuciones, noviembre de 1940, y el mensaje será luego invariablemente nítido. “Vuestros tiranos” —abril de 1941— “os han inculcado que la libertad es un cachivache pasado de moda. Creedme, la

libertad sigue viva y continuará siendo (...) lo mismo que era hace ya dos mil años: la luz y el alma de Occidente”. Ella —la libertad— ha de inspirar el “nuevo orden internacional” que “nacerá (...) de una democracia renovada”.

Dos notas cabe destacar en este punto, ambas también reveladoras de una muy notoria visión anticipativa de Thomas Mann. Primera: que la victoria de la libertad ha de servir para unir a los pueblos de Europa. La oportunidad para no solo dejar atrás “provincianas” pulsiones nacionalistas (“vesánica degeneración” en el caso del nacionalismo alemán), sino también para superar la “atomización de Europa en pequeños Estados”, expresión que Mann toma de Nietzsche. Europa significa “libertad, amplitud” y su vertebración material debe hacerse posible cuando termine la batalla. Así lo propugna Mann con énfasis ya en agosto de 1942, cuando aún no está decantada la suerte de las armas: Europa —escribe— la Europa de “solidaridad y colaboración humana” es “una idea que hace tiempo que está lo suficientemente madura para ponerse en práctica”.

La segunda nota es complementaria de la anterior: en esa deseable Europa que estreche lazos y supere barreras fronterizas, la participación de Alemania será esencial. Thomas Mann es rotundo al respecto: “nadie debe pensar que se pueda emprender este nuevo orden internacional excluyendo a Alemania”, les dice

Thomas Mann a sus compatriotas ya en mayo de 1941. Alemania deberá renunciar, desde luego, a la idea del “pueblo superior”, esa “impía superioridad” que predica el nacionalsocialismo en su “perniciosa borrachera de primacía”. Son sus palabras textuales, como las que concluyentemente escribe y pronuncia en marzo de 1942: “mientras nuestro pueblo no reconozca que es un pueblo como cualquier otro, con sus excelencias y sus grandes defectos y desventajas, no encontrará su lugar en una sociedad libre”. Frente a la alucinada pretensión de una “Europa alemana”, dirá poco después, “es Alemania la que debe ser europea”, dando así adelantadamente una de las claves —la más decisiva de todas— del recorrido de la integración europea desde los años cincuenta del pasado siglo: la apuesta de Alemania por integrarse en Europa en vez de querer dominarla, crucial para la “construcción política de Occidente” (Habermas).

\* \* \*

Termino ya. Cuanto antecede solo quiere ser una incitación. *¡Oíd, alemanes!* bien merece unas horas de atenta lectura. La calidad literaria de su escritura —alta siempre— está puesta al servicio del registro fiel de un tiempo y unos hechos que han marcado

indeleblemente la historia contemporánea de Europa y de todo el mundo.

Recogeré como final el mensaje promisorio con que Thomas Mann cierra la alocución grabada en marzo de 1942: “esta época de sufrimiento y de decadencia es, a la par, una época de inmensa esperanza. La humanidad puede salir de esta catástrofe dando un gran paso en su progreso y educación social. Se perfilan posibilidades que no hace mucho nadie se hubiese atrevido a considerar cercanas: la organización de la sociedad internacional, la paz, la libertad, la seguridad y la administración de la tierra por el bien de todos”.

Palabras alentadoras del autor al que debemos tantas páginas magistrales en el conjunto de su vasta obra y que, en los textos que he comentado, trasmite una singular mezcla de lucidez y coraje. Me gustaría por eso que mi exposición fuera entendida como modestísimo pero sincero homenaje por parte de un lector agradecido.

José Luis García Delgado  
Madrid, 7 de octubre de 2025